

Colección Ensayos⁷⁴

El camino para el éxito, Aureliano Abenza y Rodríguez

©Ediciones 74, septiembre de 2013

www.ediciones74.wordpress.com

ediciones74@gmail.com

síguenos en facebook y twitter.

Valencia, España

Diseño cubierta y maquetación: Rubén Fresneda

ISBN: 978-1492162506

Esta obra ha sido obtenida de www.dominiopublico.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular, salvo excepción prevista por la ley.

AURELIANO ABENZA Y RODRÍGUEZ

LOS CAMINOS PARA EL ÉXITO



ENSAYOS⁷⁴

Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro, si
no hace más que otro.
(Cervantes)

Sabemos los que somos, pero no lo que podemos ser.
(Shakespeare)

El estudio propio de la humanidad es el hombre.
(Goethe)

PRÓLOGO

Lo mejor que tenemos de la historia es el entusiasmo
que en nosotros excita.

(Goethe)

LOS CAMINOS PARA EL ÉXITO llamamos a este libro y no decimos nada que no sea cierto, como podrá ver el lector si lo hojea. El hombre llega a realizar sus aspiraciones generalmente por cualquiera de los medios de que en estas líneas se trata.

Como el presente trabajo se ha escrito con cierto carácter de universalidad, hemos procurado darla un tinte anecdótico y ameno que le quite su sabor filosófico, siempre duro y serio. Para ello hemos recurrido a la historia tomando para cada capítulo la vida de un hombre célebre que nos sirva de modelo y sobre la cual prosiguen las consideraciones posteriores que respecto a cada asunto hemos creído de necesidad hacer.

Si la historia ha de ser *maestra de la vida* como la llamaba Cicerón, ha de ser estudiando en ella los hombres antes que los hechos. Al fin y al cabo éstos han sido producidos por aquellos y más importa conocer el autor que la obra, si queremos que su ejemplo nos sirva de estímulo para imitarle y hacer nosotros obras idénticas, o todavía mejores si fuese posible.

Un educacionista tan reputado como Compayré ha escrito: «Es incontestable que las acciones de otros hombres, de los que nos han precedido como de los que viven a nuestro alrededor, ejercen sobre nuestro carácter, por poco presentes que estén a nuestra imaginación, una profunda influencia. El pasado irradia sobre el presente. Las almas desaparecidas reviven en las almas de las generaciones nuevas. Los ejemplos de los antiguos perfeccionan los espíritus de los que vienen de nuevo a la vida, y, como se ha dicho, *los muertos gobiernan a los vivos*.

Más para que los ejemplos de otros hombres influyan eficazmente en la masa popular es preciso que los rasgos salientes de sus vidas se presenten con cierto atractivo que haga interesante el relato de sus acciones y que se tomen de éstas aquellas propiedades que mejor sirvan a caracterizarlos en una dirección determinada, para después deducir cómo y por qué llegaron a ser lo que fueron.

Conocido eso, viene en seguida la reflexión, propia a darnos cuenta, por comparación, de las cualidades y aptitudes que nosotros poseemos presentándonos la perspectiva factible de lo que podemos conseguir dadas nuestras dotes o de aquello a que podemos aspirar con arreglo a nuestras fuerzas y a nuestra vocación.

La Iglesia tiene su santoral cuya lectura edifica con el ejemplo de los buenos cristianos muertos a los cristianos vivos, y ya que en lo profano no haya un catálogo ordenado de los hombres a quienes por sus bellas cualidades, de aplicación, constancia, habilidad, patriotismo y otras, debiéramos imitar en las diversas circunstancias de nuestra existencia, sí conviene que de algunos de ellos recojamos siquiera las notas más salientes para nuestra edificación y para el arreglo de nuestra conducta.

Leyendo los hechos de Alejandro se despertó en César el amor a lo grande, y por la lectura de una oda conoció La Fontaine que él también podía ser poeta, como Malebranche leyendo a Descartes supo que podía ser filósofo. ¿Por qué otras muchas personas indecisas en sus determinaciones no cabría que se resolviesen también a adoptar un camino no visto porque nunca pararon su atención en punto alguno? ¿Por qué quienes ya escogieron ruta, pero marchan por ella decaídos, sin bríos ni ilusiones, no cabe que adquieran energías a la vista de quienes alcanzaron el éxito por el trabajo y la constancia?

Pensándolo así y seleccionando los caminos más adecuados para el éxito, a la vez que los hombres más notables que siguiendo tales vías al éxito llegaron, hemos compuesto este libro del cual esperamos habrá de obtener valioso provecho de todo el que lo lea. Sólo sentimos que la modestia de nuestra pluma no sepa responder a la altura del propósito que la mueve.

El autor.

I PRELIMINARES
Las fuerzas para el éxito

Siempre favorece el cielo los buenos deseos.
(Cervantes)

Todas nuestras fuerzas morales existen en nosotros.
(Taimé Martin)

No basta tener bueno el espíritu: lo principal es aplicarlo bien.
(Descartes)

Refieren, como cuento, los famosos literatos alemanes *Herder und Liebeskind* el siguiente, que también pudiera ser narración histórica y que para nuestro propósito nos sirve admirablemente.

Hijo mío, cuentan que decía a un joven Sultán su madre, en vez de hacer apartar de un modo cruel por tus jenízaros al pueblo que se agolpa a tu paso para verte y en lugar de echar a latigazos de la mezquita a los desdichados que elevan sus manos hacia ti, recíbelos benévola y escucha sus súplicas con paciencia. Acuérdate que ocupas el trono, no para desatender y martirizar a tu pueblo, sino para regirle con justicia y sabiduría así como para protegerle. No sabes cuándo ni cómo podrá llegar la ocasión en que el pueblo te devuelva el bien que le hagas. El más pequeño e inútil te puede servir quizá más que tú te imagines. Un palpable ejemplo eres tú mismo; ¡tú mismo no tendrías trono ni vida, sino hubiera sido por un ciego!

Uno de tus antecesores estaba paralítico en un castillo no lejos de la capital. Un grande del reino se sublevó contra el monarca y aproximábase con sus fuerzas al castillo. El

miedo era general y se temía un golpe de mano. Todo el mundo huyó pensando escapar de la ira de los sublevados; los propios esclavos del Sultán le abandonaron también. El monarca se encontraba solo e incapaz de valerse, sin poder levantarse de su asiento. Las tropas de los rebeldes rodeaban el castillo y al monarca no le esperaba otro fin que la muerte o la mutilación. En ese apuro acercóse a él un ciego. Señor, le dijo el ciego, aquí vamos a perecer si recíprocamente no nos auxiliamos para salvarnos. Yo soy bastante fuerte para llevaros sobre mis espaldas. Dirigid vos mis pasos gracias a vuestra vista saludable y nos salvaremos por la galería subterránea que desde este castillo conduce a la capital.

El ciego cargó con el paralítico, éste le indicaba a cada paso el camino por el cual debía marchar y así llegaron felizmente a la corte antes de que los sublevados se hubieran apoderado de la fortaleza. La presencia del Sultán entre las tropas leales cambió el orden de los acontecimientos; de todos lados acudieron los leales a ponerse al lado de su Rey, los rebeldes fueron derrotados y el magnate infiel fue hecho prisionero. El ciego quedó siempre en compañía del Sultán y en ocasiones lo dirigió con sus consejos.

En esta narración podemos ver nosotros una imagen, del espíritu humano: el paralítico dirigiendo es la inteligencia que guía, el ciego que carga con el monarca y lo salva es la voluntad que ejecuta y, hasta las tropas leales entusiasmadas de ver al Rey entre ellas, son la sensibilidad que se caldea y todo lo anima. El paralítico, el ciego y los soldados leales, unidos esos tres elementos, llevaron a cabo una empresa que, separados, parecía irremisiblemente perdida. Una cosa semejante ocurre con las fuerzas del espíritu humano, y con el cuerpo cuando de llevar a cabo cualquier obra se trata.

Inteligencia sin voluntad, ésta sin aquella ambas sin el fuego de la pasión y sin un cuerpo fuerte y robusto que obedezca los impulsos de las fuerzas del alma y ejecute; todas nuestras energías, en fin, aisladas, sin aparecer armonizadas y unidas, no lograrían nunca la realización de un propósito. Por el contrario equilibradas y juntas llegan adonde se propongan.

Veamos ahora cómo se preparan esas fuerzas para el trabajo y cómo han de trabajar para que el éxito llegue.

Ante todo hay que saber que, como dice Kant, el cumplimiento del destino en el hombre es imposible para el individuo abandonado a sí mismo, lo cual supone la preparación de él por medio de la educación. La naturaleza ha puesto en nosotros gérmenes que a nosotros toca desarrollar en proporción a nuestras disposiciones naturales y al destino que hayamos de cumplir como seres sociales y como seres individuales.

La naturaleza ha dado a todos los seres aquellas facultades propias para la realización de su destino del cual ninguna criatura carece, mas a tales facultades en el hombre les agregó la propiedad de hacerlas perfectibles, resultando el hombre el único ser susceptible de educación.

Los animales, tan pronto como principian a sentir sus fuerzas, las emplean regularmente, es decir de una manera que no les sean dañosas a sí mismos. Es curioso en efecto, (dice Kant de quien tomamos estas ideas) ver como las jóvenes golondrinas, apenas salidas de su huevo, y todavía ciegas, saben arreglarse de modo a hacer caer sus excrementos fuera de su nido. Los animales no tienen, pues, necesidad de ser cuidados, envueltos, calentados y guiados o protegidos. La mayor parte piden, es verdad, el alimento, pero no cuidados, entendiendo por éstos las precauciones que toman los

padres para impedir a sus hijos hacer de sus fuerzas un nocivo uso. Si, por ejemplo, un animal al venir al mundo, gritase como hacen los niños, sería pronto, infaliblemente, la presa de los lobos y otros animales salvajes que acudirían atraídos por sus gritos.

El animal es por su instinto lo que puede ser; una razón extraña ha tomado de avance por él todos los cuidados indispensables; mas el hombre tiene necesidad de su propia razón. No hay en él instinto, y es preciso que él se dé a sí mismo su plan de conducta; pero como inmediatamente no es capaz y al mundo aparece en estado salvaje, tiene necesidad del socorro de los otros. Aquí viene ya el auxilio de la educación y de los educadores preparando al individuo para el desarrollo de sus fuerzas y para el acertado uso de las mismas.

Lo primero a que debemos acostumbrarnos, o educarnos, fuera desde luego de atender al cuerpo y a todas nuestras energías físicas, es a someternos desde bien pronto a los preceptos de la razón. La demasiada libertad engendraría rudeza, la excesiva ternura y el dar a los niños todo hecho, les imposibilitaría más tarde para la lucha por la vida donde tantos obstáculos aparecen a cada momento en los negocios del mundo.

Los americanos educan a sus hijos para la independencia, haciéndoles desde bien temprano vivir por su cuenta, pero vigilando su conducta. Así son hombres de iniciativas en un grado tal y con una precocidad tan extraordinaria cual en Europa se desconoce. Todo proviene de que por allá las fuerzas personales del individuo se ponen a prueba ya en los primeros años de la vida, tanto si se trata del hijo del obrero, como del hijo del potentado.

El hombre con sus fuerzas corporales y anímicas no es, sin embargo, más que lo que la educación haga de él. Será un pusilánime o un valiente, un generoso o un egoísta, un inteligente o un necio. Cuando el hombre es viejo, ni tiene un adarme de juicio, es cuando piensa lo que es y lo que pudiera haber sido dado caso que no se le educase del modo más apropiado para sacar partido de sus fuerza. Por eso la humanidad, que cada día va sabiendo más, comprende que en la educación está el gran secreto de la perfección de la naturaleza humana y por consiguiente del progreso y del bienestar de las sociedades.

Inteligencia, sentimientos, pasiones, voluntad existen en todas las personas, pero hay inmensa diferencia entre cómo se sirven de esas energías y cómo las hacen valer los hombres según se les haya educado. Y como el problema educativo se va viendo ya bastante claro, hay que esperar que contribuya más eficazmente, cada día que pase a la felicidad de la especie humana.

Mas, dentro de la solución general y común del problema educativo con arreglo a la identidad de naturaleza en todos los hombres, se ofrecen soluciones parciales, tantas como personas, según las disposiciones particulares de cada individuo y según también el ideal que cada cual se haya propuesto, factores que la educación no puede desatender.

Además, aún dentro de la solución general del problema educativo hay que observar la marcha de los tiempos y preparar a la humanidad para un futuro siempre mejor al presente, cumpliendo en eso también la ley del progreso, por lo cual siendo las fuerzas del individuo, siempre las mismas, ha de imprimírseles dirección variada.

«Quien tiene amor a su pueblo, ha dicho el Dr. Rein, sabio pedagogo de la Universidad de Jena, no dirige su vista

únicamente al pasado para seguir el destino de los que le precedieron; no se asoma tampoco sólo al presente para observar las aspiraciones de la sociedad actual, sino que mira ante todo al porvenir que se nos presenta delante con su impenetrable obscuridad¹.»

En lo intelectual como en lo moral caben progresos y hay que mirar a que nuestras fuerzas contribuyan a aumentarlos, poco o mucho, pero aumentarlos con arreglo a lo que cada uno pueda, y al futuro que se prevé y se desea.

Es ley de la naturaleza humana el que estemos constantemente pensando, proyectando, anhelando, aspirando a desenvolvemos en una actividad insaciable. ¿A cuánto no podría llegar toda persona que en vez de gastar fuerzas para oponerse a tales anhelos, siguiese los espontáneos impulsos de su naturaleza y los favoreciese? ¿Cuántos no llegan porque hacen lo que pueden para no llegar!

* * *

Recapacitando sobre las diversas fuerzas que en el individuo colaboran a la realización de toda obra personal hallamos que alma y cuerpo se hallan en una acción y reacción constante, siendo la salud del segundo base y elemento imprescindible para cualquier determinación del espíritu. Admitida y supuesta, por tanto, la colaboración del cuerpo en las condiciones más favorables de salud y robustez, veamos hasta dónde pueden llegar, para toda obra humana, las fuerzas de las facultades anímicas.

¹«Deutsche Schulerziehung», München, J. F. Lehmann's Verlag. 1907

II PAPEL DE LA VOLUNTAD

Un alma firme e imperturbable, crea un mundo para sí misma.
(Goethe)

«Quiero;» esta palabra es poderosa, si la dice uno
seriamente y con firmeza; las estrellas se desprenden del
cielo al decir: «yo quiero».
(Hahn)

El carácter es fuerza, y la fuerza tiene siempre algo
de naturaleza divina.
(Fortlage)

Él fue quien elevó la nación hasta el nivel de los pueblos respetados haciendo de un país, poco menos que desconocido, una potencia poderosa y hasta culta, dentro de la civilización de aquella época. Todo fue obra de una voluntad, por cierto no preparada para la alta misión que se impuso.

Huérfano el chico a los diez años, compartiendo el trono con un hermano y habiendo quedado bajo la tutela de una hermana ambiciosa y enérgica, que adivinaba por las dotes del niño, la inteligencia y la voluntad de éste, procuró aislarle de la corte y dejarle vivir a su antojo para que fuese un ignorante inofensivo.

Por las calles se veía frecuentemente al Emperador-niño, cual un granujilla, entretenándose en organizar batallones infantiles y aprendiendo con los extranjeros los idiomas que éstos hablaban. El trato con gentes de diversos países le hizo aficionarse al parque a la vida aventurera, a las cuestiones del comercio, la industria, geografía, etc.

Cuando cumplió diecisiete años quiso reinar como verdadero soberano que era. Su hermana pretendió impedírselo,

pero las simpatías que su vida callejera le habían granjeado entre el pueblo, hicieron que éste se pusiese a su lado, y con su auxilio se apoderó del cetro y de su hermana a la cual mandó encerrar en un convento.

Entonces, con una fuerza de voluntad increíble, comienza aquel joven su obra de transformación en el país que iba a gobernar. A la edad en que otros jóvenes, reyes y no reyes, más se ocupan en divertirse que en trabajar, este monarca a quien nos referimos, no piensa más que en ejecutar el plan grandioso que ya ha formado en su mente, trabajando por sí mismo, vigilando a los que le rodean, escogidos por él como auxiliares suyos, y llevando la actividad más desusada a todas las esferas de la prosperidad pública.

Pone sus ojos en el ejército antes que en nada y, para conocerlo bien en todos sus grados y enterarse de las necesidades de cada uno de ellos, se alista como simple tambor, pasa a soldado, hace guardias como uno de tantos números, acarrea tierra para construir trincheras y parapetos, y así se va formando todo un militar resistente de cuerpo y espíritu. Las funciones más penosas no le acobardan, las ocupaciones más bajas no le desdoran. Se ha empeñado en aprenderlo todo por sí mismo, y su empeño le da energías para continuar adelante paso a paso.

Conocida ya la milicia se propone aprender oficios; su divisa es ver y aprender y así lo repetía incesante. Para ello emprende viajes por toda Europa, como un simple particular. En Holanda se aloja casa de un herrero y le sirve de ayudante manejando con él los martillos. Va a Inglaterra y no pierde detalle de la fabricación industrial. Quiere dar a sus Estados una capital nueva y bella que compita con las demás de Europa y sin arredrarle lo insalubre de la región en la cual se llevan a cabo los trabajos, acude allí, arma una barraca para residir en ella mientras duran las obras,

maneja el pico y el azadón y no cesa hasta cambiar por completo las condiciones enfermizas del terreno elegido y dejar la nueva ciudad levantada.

Visita Francia y no le entusiasman las pompas de aquella fastuosa corte en cambio quiere ver todo lo que se refiere a industria e ilustración. En la Sorbona exclama, visitando la tumba de Richelieu y abrazando su estatua: «¡Oh gran hombre, si vivieras todavía, te daría la mitad de mi reino para aprender de ti a gobernar la otra mitad!» Igual penetraba, en una carretería que en una tienda de joyas, no por mera curiosidad, sino por ver si aprendía algo nuevo. En los cuarteles trataba de camaradas a los soldados, bebía a la salud de los pobres inválidos, gustaba su comida y conversaba con ellos amigablemente.

Su indumentaria le preocupaba poco y nadie hubiera imaginado que aquel señor que paseaba por las calles de París con el traje desaliñado, sin abotonar muchas veces, y en la mano el sombrero, pues rara vez se lo ponía, fuese el emperador de Rusia Pedro el Grande, el verdadero fundador de la Rusia moderna que ha dejado a los reyes y emperadores un ejemplo magnífico de lo que puede una voluntad firme encaminada hacia el bien.

Algunos lunares empañan la historia de este hombre insigne, como la crueldad con que sofocó en Moscú una sublevación de los strelítz, antigua guardia de los zares, en favor de su hermana Sofía, pero téngase en cuenta que por educación y aún por atavismo había de conservar no poco de la barbarie de sus antepasados.

Como hombre de Estado se propuso sojuzgar al clero y a la nobleza y lo consiguió, al primero mediante el sínodo sagrado, instrumento de su voluntad, y a la segunda reglamentando las categorías entre los diferentes grados de las dignidades.